

Inmediatamente después de haber sorprendido a su mujer en el lugar de su delito, se encontraba Fiódor Fiódorovich Sígáiev en el almacén de armas de Schmuks y Compañía eligiendo el revólver que mejor pudiera servirle. Su rostro expresaba ira, dolor y una decisión irrevocable.

“¡Sé lo que tengo que hacer! —pensaba—. Cuando son profanados los fundamentos de la familia y el honor es pisoteado en el barro y triunfa el vicio..., yo, como ciudadano y como hombre honrado, debo ser el vengador. La mataré primero a ella, luego a su amante y después me mataré yo”.

No había escogido todavía el revólver ni matado a nadie, cuando ya empezaba su imaginación a dibujarle tres cadáveres ensangrentados, con los cráneos triturados y los sesos fluyendo... Barullo, tropes de curiosos y autopsias.

Con la insana alegría del hombre ofendido, imaginaba el horror de los parientes y del público, la agonía de la traidora, y hasta le parecía leer ya con el pensamiento los artículos de primera plana comentando la descomposición de los fundamentos de la familia.

El dependiente del almacén, un tipo inquieto, afrancesado, de pequeño vientre y chaleco blanco, presentaba ante él los revólveres, y haciendo chocar los talones, decía sonriendo respetuosamente:

—Yo aconsejaría a monsieur que llevara este magnífico modelo del sistema Smith & Wesson. Es la última palabra en la ciencia de las armas. Tiene tres propulsiones y extractor y puede disparársele desde seiscientos pasos. Llamo también la atención de monsieur sobre la limpieza de su acabado. Su sistema es el que está más de moda. Vendemos diariamente decenas de ellos, que se utilizan contra los bandidos, los lobos y los amantes. Su tiro es preciso y fuerte; alcanza grandes distancias y mata, atravesándolos, a la mujer y al amante. En cuanto a los suicidas, monsieur, no conozco para ellos mejor sistema.

Y el dependiente, apretando y soltando el gatillo, echándole el aliento al cañón y apuntando, parecía próximo a ahogarse de puro entusiasmo. A juzgar por la expresión admirada de su rostro se sentiría uno dispuesto a pensar que él mismo, de buen grado, se hubiera pegado un tiro en la frente si hubiera poseído un revólver de tan

maravilloso sistema como el Smith & Wesson.

—¿Y qué precio tiene? —preguntó Sígáiev.

—Cuarenta y cinco rublos, monsieur.

—¡Hum!... ¡Es demasiado caro para mí!

—En tal caso, monsieur, puedo ofrecerle otro sistema más barato. Aquí está. Tenga la bondad de examinarlo. Tenemos un surtido enorme en distintos precios... Este revólver, por ejemplo, del sistema Lefauché, que vale solamente dieciocho rublos; pero... —el dependiente hizo una mueca de desprecio— es un sistema, monsieur, ¡demasiado anticuado! Solo lo compran ahora los pobres de espíritu y los psicópatas. Matarse o matar a la mujer con un Lefauché se considera ahora signo de mal tono... El buen tono admite únicamente el Smith & Wesson.

—No tengo necesidad de matarme ni de matar a nadie —mintió con acento sombrío Sígáiev—. Lo compro sencillamente para tenerlo en el campo... Para asustar a los ladrones.

—A nosotros no nos interesa para qué lo compra —sonrió el dependiente bajando modestamente los ojos—. Si en cada caso fuéramos a buscar los motivos, tendríamos que haber cerrado la tienda. Para asustar a los cuervos, monsieur, el Lefauché no sirve, porque hace un ruido sordo y a la vez fuerte. Yo le propondría que llevara una pistola Mortimer corriente, de las llamadas para duelos.

“¿Y si le provocara en duelo? —pasó por la cabeza de Sígáiev—. Pero no... Sería demasiado honor... A estas bestias hay que matarlas como a perros...”

El dependiente, dando graciosas vueltas y pequeños pasitos y sin dejar de sonreír y de charlar, expuso ante él todo un montón de revólveres. El Smith & Wesson era el de aspecto más codiciable y sólido. Sígáiev tomó uno de éstos entre sus manos, fijó la mirada en él y se quedó ensimismado. Su imaginación le presentaba a sí mismo destrozando un cráneo, fluyendo sangre cual un río sobre el tapiz y el parqué, y a la traidora, moribunda, agitando un pie convulsivamente... Pero para su alma indignada esto era poco.

Los cuadros de sangre, los sollozos, el espanto, no le satisfacían; había que pensar en algo más terrible.

“Esto es lo que haré —pensó—. Le mataré y me mataré: pero a ella... a ella la dejaré vivir. ¡Que muera de remordimiento y con el desprecio de cuantos la rodean! Esto, para una naturaleza nerviosa como la suya, será un martirio mayor aún que la muerte”.

Y comenzó a imaginar su propio entierro: El ofendido tendido en el ataúd, con una sonrisa bondadosa en los labios... Ella, pálida, torturada por el remordimiento, caminando tras el féretro, como una Níobe y no sabiendo cómo ocultarse a las miradas despreciativas y aniquiladoras que sobre ella arroja una muchedumbre indignada...

—Veo, monsieur, que le gusta el Smith & Wesson —dijo el dependiente, interrumpiéndole en su ensueño—. Si lo encuentra caro, le rebajaría cinco rublos, aunque tenemos otros sistemas más baratos.

La figurilla afrancesada giró graciosamente y cogió de la estantería una nueva decena de estuches con revólveres.

—He aquí otro, monsieur. Su precio es treinta rublos. No es caro si se tiene en cuenta que el cambio ha bajado terriblemente y que los derechos de aduanas suben cada día más... Le juro, monsieur, que soy conservador; sin embargo, ya empiezo a protestar. ¡Calcule que el cambio y la tarifa de aduanas son la causa de que ahora solo los ricos puedan adquirir armas! Para los pobres no quedan más que las armas de Tula y los fósforos. ¡Y las armas de Tula son una desdicha! Pretende uno disparar un arma de Tula sobre su mujer y solo consigue hacer blanco en la propia paletilla...

Sígaiev experimentó de pronto un sentimiento ofensivo y triste ante la idea de morir él y no ver los sufrimientos de la traidora. Solo es dulce la venganza cuando existe la posibilidad de ver y tocar sus frutos. Pues ¿y qué sentido tendría el que él estuviera tendido en el ataúd sin darse cuenta de nada?

“¿Y si hiciera esto?... ¿Matarle a él, ir a su entierro, verlo todo ? matarme yo después?... Sí; pero... antes del entierro me meterían preso y me quitarían el arma... Bien... Lo que haré será matarle y dejar que ella siga viviendo. Y..., hasta que pase cierto tiempo, no me mataré; iré a la cárcel. Para matarme siempre estoy a tiempo, El estar arrestado es todavía mejor, porque así, al prestar declaración, tendré la posibilidad de demostrar ante el poder y ante la sociedad toda la bajeza de su comportamiento. Si me matara, ella, con su carácter embustero, engañoso y desvergonzado, me echaría la culpa de todo, y la sociedad la absolvería de su hecho...; pero por otra parte, quizá se ría de mí si sigo con vida... Entonces...”.

Un minuto después pensaba:

“Sí... Tal vez me acusen de mezquindad de sentimientos si me mato... Y, además..., ¿para qué matarme? Esto, en primer lugar. En segundo..., matarme significa cobardía. Luego, entonces, lo que haré será matarle a él, dejarla vivir a ella e ir yo a la cárcel. Me juzgarán y ella figurará como testigo... ¡Habrà que ver su azaramiento, su vergüenza cuando tenga que prestar declaración ante mi abogado! ¡Por supuesto, las simpatías del tribunal, del público y de la Prensa estarán de mi lado!...”.

Mientras así cavilaba, el dependiente continuaba exponiendo su mercancía y consideraba deber suyo entretener al comprador.

—Vea aquí otros, ingleses de nuevo sistema, que hemos recibido hace poco. Pero le prevengo, monsieur, que todos los sistemas palidecen ante el Smith & Wesson. Seguramente habrá usted leído uno de estos días que un militar que había comprado en nuestra casa un revólver del sistema Smith & Wesson, disparó sobre el amante... ¿Y qué se figura usted que pasó?... La bala atravesó primero al amante, alcanzó después la lámpara de bronce, luego el piano de cola y desde el piano de cola, de una carambola, mató a un pequinés y rozó a la mujer... El efecto fue brillante y hacía honor a nuestra firma. El militar está ahora arrestado... ¡Seguramente le condenarán a trabajos forzados!... En primer lugar, porque tenemos leyes muy anticuadas, y, en segundo, porque ya se sabe que el tribunal toma siempre partido por el amante. ¿Por qué?... Muy sencillo, monsieur: porque también el jurado, los jueces, el procurador y el defensor se entienden con esposas ajenas, y es más tranquilo para ellos que en Rusia haya un marido menos. A la sociedad le encantaría que el Gobierno desterrara a todos los maridos a la isla Sajalín. ¡Ay, Monsieur! ¡No puede imaginarse usted la indignación que despierta en mí este derrumbamiento de las costumbres morales contemporáneas!... ¡En estos tiempos amar a las esposas ajenas agrada tanto como fumar cigarrillos ajenos y leer libros ajenos! Año por año nuestro comercio decae, pero ello no significa que haya menos amantes..., significa que los maridos llegan a reconciliarse con su situación y tienen miedo a los trabajos forzados —y el dependiente, mirando a su alrededor, murmuró—: ¿Y quién es el responsable, monsieur?... ¡El Gobierno!

“¡Por culpa de un cerdo ir a parar a Sajalín... no, tampoco es sensato! —reflexionó Sígáiev— Si me mandan a trabajos forzados, solo conseguiré dar a mi mujer la posibilidad de casarse otra vez y de engañar a su segundo marido. ¡La que saldrá triunfante será ella!... No. Lo que haré entonces es esto: dejarla vivir, no matarme ni matarle a él. Hay que idear algo más cuerdo y sentimental. Los castigaré con mi desprecio y entablaré un escandaloso proceso de divorcio...”

—Aquí tiene, monsieur, un nuevo sistema —dijo el dependiente cogiendo de la estantería una docena más de revólveres—. Llamo su atención sobre el original mecanismo del cierre...

Pero una vez tomada aquella decisión, Sígáiev ya no necesitaba revólver; en cambio, el dependiente, cada vez más inspirado, no cesaba de exponer ante él sus artículos de venta. El agraviado marido comenzó a avergonzarse de que por su culpa el dependiente estuviera trabajando en vano, entusiasmándose y perdiendo el tiempo.

—Bien... —masculló—. Lo mejor será que vuelva más tarde o que envíe a alguien...

Aunque no veía la expresión del rostro del dependiente, comprendió, sin embargo, que para suavizar un poco la violencia de la situación no había más remedio que comprar algo. Pero ¿qué?... Sus ojos recorrieron las paredes de la tienda en busca de alguna cosa más barata, y se detuvieron en una red de color verde colgada junto a la puerta.

—¿Y eso? ¿Qué es eso? —preguntó.

—Es una red para cazar codornices.

—¿Y qué precio tiene?

—Ocho rublos, monsieur.

—Pues envuélvame la...

El marido ofendido pagó los ocho rublos, cogió la red y cada vez más ofendido salió de la tienda.